

Del Centro Regional Manchego en Madrid

Una visita por nuestro compañero de Redacción Don Francisco Colás

Confieso sinceramente—y sírvame esta noble declaración como garantía de la verdad de mis palabras—que he sido, hasta el momento presente, un convencido ex-céptico de la labor útil realizada en Madrid por todos los centros regionales.

No podía justificar este excepticismo mío. Acaso la aureola de desprestigio que algunos vicios hacen pesar sobre los domicilios sociales de todos los centros, haya sido la causa fundamental de mi indiferencia. Del Centro Manchego sabía lo que de tantos otros; la superficialidad de algunos bailes, algunas veladas, alguna sala recóndita y misteriosa; lo bullanguero y externo; el motivo de reunión frívola, distraída a veces, perjudicial acaso.

Precisamente por eso mi visita al domicilio social, la explicación verbal de la labor útil, hecha por persona tan amable y simpática como el Sr. Cejudo, la inspección ocular de las diversas dependencias del Centro, me ha enamerado de veras, ha tenido la virtud de convencerme en un momento de la injusticia de mi pasado desprecio.

Subimos la amplia escalera que conduce al principal de la calle del Príncipe, y al llegar al vestíbulo, el choque de unas bolas de billar, nos hizo imaginarnos la estancia en el Casino del Pueblo. Fuimos introducidos en un amplio salón y allí empezó lo que bien puedo llamar mi conversión. Orden llevaba de adquirir datos con que confeccionar una crónica y bien pudiera escribirse un folleto entero, ampliando las noticias que recibí, mejor que mis impresiones, con las cuales de una manera desmañada he de hacer esta crónica.

De labios del Sr. Cejudo escuchamos todo: un ferviente entusiasmo por la obra; la narración de dolorosos desalentos cuando la idiosincrasia de los individuos de nuestra región dificultan con su apartamiento y su desvío, la realización de una obra de engrandecimiento regional en su aspecto económico, intelectual, comercial é industrial. Y sentimos algo de vergüenza por que sus palabras llenas algunas veces de un simpático pesimismo, nos podían alcanzar a nosotros, que viviendo en Madrid, siendo hermanos por el nacimiento, no pudimos o no quisimos prestar nuestro grano de arena para una noble obra.

Sesenta mil manchegos hay domiciliados en Madrid y cuando se piensa que en la casa de todos, solo existen 500 socios, no hay más remedio que considerar como héroes este puñado de hombres de buena voluntad que, apesar de todo, han creado y sostienen un centro de esta naturaleza.

Algo habíamos oído hablar de una fiesta con reparto de premios para los alumnos del Centro y supimos que allí reciben diariamente clase, en aulas instaladas en la planta baja del edificio, un gran número de jóvenes de

ambos sexos. Supimos que se celebraban en el salón de actos interesantes conferencias sobre diversas materias, a cargo de personalidades de sólido prestigio, que se celebran veladas literarias, y que en el seno del Centro existe una juventud que trabaja con entusiasmo en una obra cultural y de desarrollo industrial de nuestra región.

Visitamos la Biblioteca del Centro, hoy en formación, y tuvimos el gusto de estrechar la mano del joven bibliotecario, que trabaja con ahinco en proporcionar nuevos y valiosos elementos a esta sección interesantísima del Centro.

Fué la nuestra una visita que ha dejado un grato recuerdo en mí.

Días pasados se celebró el reparto de premios a que aludía y resultó una fiesta simpática, a que dió realce la presencia de nuestro paisano el Excmo. Sr. D. Francisco de Aguilera y Egea, Capitán General de la primera región y presidente honorario del Centro.

Los bailes de Carnavalse han celebrado brillantemente, con una concurrencia extraordinaria, y un atractivo de que puede ser testigo la fotografía que acompaña esta crónica. Lindas muchachas, flor de nuestra tierra; mujeres manchegas ataviadas con gusto y distinción, han puesto, en estos días dedicados al culto del Dios Momo, una nota de poesía en este salón espléndido.

No es el Centro Regional lo que yo me imaginaba, el lugar de amable recogimiento en estos días grises madrileños, cuando la lluvia menuda chapotea en el fango de la calle. No es solamente el círculo de reunión, la atmósfera enervante del café, el chocar de las bolas de billar, el lugar que vive a expensas de los misteriosos ingresos de aquella sala... Es algo más noble y sobre todo algo más útil: existe allí un ideal, conciencia de una misión y energía para llevarla a cabo.

Todos los manchegos residentes en Madrid deben darse cuenta de lo conveniente que sería pensar serenamente en lo que son sesenta mil voluntades unidas para un mismo fin, el ideal de una patria chica fuerte y fecunda, con medios de comunicación que den un valor positivo a las riquezas de nuestro suelo.

Es obra ésta que se debe emprender por amor a la patria pequeña, por veneración a la patria grande.

Y las palabras del general Aguilera que sonaron elevadas y nobles, en el reparto de premios verificado poco ha, serían una hermosa realidad: un abrazo de la bandera regional con la española, símbolos de dos amores positivos.

Francisco Colás